



Nº 36, 2000

LITERATURA ECUATORIANA CONTEMPORÁNEA*

Francisco Proaño Arandi**

Dentro de las literaturas de América Latina, la del Ecuador es un de las menos conocidas en España, a pesar de contar con obras y autores que bien pueden ubicarse entre lo más interesante que se produce en tan enorme y multifacético continente. El escritor peruano Alfredo Bryce Echenique, tanto como un editor radicado en España, Pío Serrano, de la Editorial “Verbum” –que ha publicado algunas obras de autores ecuatorianos-, se han preguntado el porqué de ese desconocimiento de la literatura del Ecuador, país con una enorme tradición cultural y, sin duda, atravesado por corrientes sociales complejas y contradictorias.

Hasta la década de los sesenta, la literatura ecuatoriana estuvo signada por el realismo social, que era fundamentalmente de denuncia y agitacional, y entre cuyas novelas representativas podemos recordar la muy famosa “Huasipungo”, de Jorge Icaza, o “Los Sangurimas”, de José de la Cuadra, un relato breve e intenso, escrito en 1934, donde el lector contemporáneo puede encontrar las claves del realismo mágico ecuatoriano.

A partir de los sesenta, la sociedad ecuatoriana comienza a experimentar un creciente proceso de urbanización, en un contexto histórico en el que los jóvenes escritores de entonces no podían estar ajenos a las más distintas influencias, entre ellas, la del llamado “boom” literario latinoamericano y todo lo que se debatía en Europa, en los Estados Unidos y en la propia América Latina. Ello produjo una verdadera revuelta contra el realismo social, al tiempo que encontraban nuevas maneras de escribir acordes con una realidad mucho más compleja, en la que la ciudad deviene principal referente,. Pero en la cual siguen omnipresentes los viejos problemas del mundo andino: marginación, fractura profunda entre la sociedad blanco-mestiza y la indígena, fragmentación de los diversos estamentos sociales.

La literatura ecuatoriana contemporánea parece reflejar profundamente esa fragmentación, y su escritura se corresponde con la necesidad de reorganizar en el espacio imaginario de la narración o de la construcción poética el mundo descoyuntado que rodea al autor, al creador, siempre con un afán consciente o inconsciente de explicarlo, reconocerlo y tal vez conjurarlo, exorcizarlo. Lo que, por lo demás, es común a todo verdadero arte.

Entre los primeros autores ecuatorianos que dejan atrás el realismo social y se adentran en la exploración de una escritura no lineal, problemática,

* Artículo tomado de la publicación “Ecuador en España. Integración en la cultura”. Embajada del Ecuador-Unión Europea. Auspicio del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador. España, marzo, 2000

** Embajador del Ecuador, actualmente Jefe de Misión en Costa Rica



verticalizada, connotativa, de introspección y de sondeos psicológicos, encontramos a Miguel Donoso Pareja (1931), Juan Andrade Heymann (1945) y Vladimiro Rivas (1944). Donoso Pareja ha permanecido fiel a un proyecto estético donde el texto literario se torna autosuficiente y todo ocurre en la conciencia de los personaje (seres marginados, tráfugas de la clase media, exiliados de la realidad deambulando por el mundo): así en obras como "Krelko", "Henry Black", "Hoy empiezo a acordarme". Juan Andrade Heymann desacreditó y subvirtió el lenguaje positivista del realismo anterior con relatos como "El lagarto en la mano" y "Cuentos extraños", tempranas obras publicadas entre 1961 y 1965. Vladimiro Rivas empezó con interesantes cuentos de ecos borgianos ("El demiurgo", "Los bienes") y ha derivado a problemáticas más personales (una mitificación del país andino y un erotismo amargo), en "Vivir del cuento" y "El legado del tigre".

A partir de los años sesenta surge un grupo de cuentistas y novelistas cuya obra, en conjunto, bien puede catalogarse entre lo más interesante de la narrativa latinoamericana de los últimos años. No sólo que dejan atrás definitivamente el realismo social y vernáculo, sino que además exploran caminos muy distintos a los del realismo mágico, que tanta resonancia tuvo en los sesenta. La ecuatoriana es una literatura con acentos propios, más interesada en sondear la angustia y los comportamientos de personajes reales e imaginarios, inmersos en una realidad singular, de transición y de contratación: india y mestiza, occidental y sincrética, tropical y andina, arcana a veces, encerrada en sí misma, y, a la vez, expuesta a los procesos de transculturación propios de la "aldea global" finisecular.

Carlos Béjar Portilla (1938) es un autor que ha incursionado en las más variadas vertientes y técnicas, desde la ciencia ficción al minimalismo, del relato de mar a la introspección psicológica, y en el cual lo cotidiano se revela de pronto en su faz más monstruosa y sorprendente. Entre sus obras "Simón el mago", "Samballah", "Osa mayor", "Puerto de luna", "Tribu sí" (novela finalista Premio Seix Barral, 1973), "La Rosa de Singapur", "Mar abierto".

Raúl Pérez Torres (1941), fundamentalmente cuentista, índice con lirismo e impecable mirada, no exenta de ternura, en personajes propios de la clase media y popular de Quito, transponiendo al texto narrativo el habla cotidiana y coloquial, tanto como el imaginario urbano, la picaresca, la sensualidad permanentemente atacada por el prejuicio y los mitos del pasado. Obras: "Da llevando", "Manual para mover las fichas", "En la noche y en la niebla" (Premio Casa de las Américas, 1980), "Teoría del desencanto", "Un saco de alacranes".

Marco Antonio Rodríguez (1941) utiliza también lo coloquial y lo popular para ahondar en una sociedad despiadada, deshumanizada por el consumismo, la ajenidad, y en cuyo seno los seres humanos no logran su autenticidad y plenitud. Tal parece ser la preocupación fundamental en libros de relatos como "Historia de un intruso" (Premio al mejor libro en castellano de los presentados en la Feria de Leipzig de 1977), "Un delfín y la luna", "Jaula".



Juan Valdano (1939), autor de novelas en las que reconstruye el pasado histórico del Ecuador, como por ejemplo, "Mientras llega el día", obra centrada en el pronunciamiento revolucionario de agosto de 1809 contra el poder español y en su fracaso como utopía que, pronto, sin embargo, habría de convertirse en realidad.

Carlos Carrión (1944), como los anteriores, transpone, o mejor dicho, reelabora lo coloquial y lo cotidiano en textos crecientemente marcados por una búsqueda de ruptura con la institucionalidad: en esa búsqueda el amor, el erotismo, a manera de metáforas, tratan de encontrar en el ser humano una posibilidad de ruptura, cuando no de redención o de libertad. Entre sus obras: "Ella sigue moviendo las caderas", "El más hermoso animal nocturno", "El deseo que lleva tu nombre", "Una guerra con nombre de mujer".

Iván Egúez (1944) es un autor que utiliza los recursos de la picaresca, el humor, el desenfado, para vertebrar una crítica incisiva y corrosiva de la sociedad, en particular de lo oficial que caricaturiza y fustiga. No duda en incursionar en las más diversas temáticas, desde lo fantástico a lo esperpéntico, de lo cómico a lo banal. Obras más significativas: "La Linares" (novela), "El triple salto", "Pájara la memoria" (novela), "El poder del gran señor"; "Ánima pávora", "Historias leves", "Cuentos gitanos", "Cuentos inocentes", "Lorena & Bobby" (novela), "Sonata para sordos" (novela).

Francisco Proaño Arandi (1944)*, constructor de atmósferas envolventes, donde el personaje y la situación son diseccionados hasta las últimas consecuencias, en una exploración en profundidad de la ciudad y de la clase media, donde lo imprevisible denota siempre un eco de la angustia contemporánea, universal e inexcusable. Tal parece ser el sentido de novelas y relatos contruidos con multiplicidad de puntos de vista y planos narrativos: "Antiguas caras en el espejo" (novela), "La doblez", "Oposición a la magia", "Del otro lado de las cosas" (novela), "La razón y el presagio" (novela), "Tratado del amor clandestino" (novela), "Historias de disecadores".

Abdón Ubidia (1944), es un buceador de la ciudad, en este caso, Quito: como dice de él el crítico y también realista Raúl Vallejo: "introduce a la ciudad como un personaje que determina a los individuos que la habitan, que los transforma en sus relaciones interpersonales, que los ubica en un tiempo y en un espacio donde todo está en duda". Entre sus obras: "Bajo el mismo extraño cielo", "Sueño de lobos" (novela), "Divertinventos" o Libro de fantasías y utopías", "El palacio de los espejos".

Alejandro Moreano (1944), autor de la novela "El devastado jardín del paraíso", mediante la cual logra transmitirnos una visión en profundidad, histórica, sociológica y poética del Ecuador andino en un momento crucial, y al mismo

* En un acto de delicadeza el autor pretendía no ser incluido. El Consejo Editor considera imprescindible su mención como uno de los escritores contemporáneos más representativos de la novela y el relato en la literatura ecuatoriana.



tiempo como una vasta metáfora, cuando la aparición de un brote guerrillero efímero durante los años sesenta.

Javier Vásquez (1946). Ha hecho del traspaso de la ciudad (Quito, indudablemente), de su pasado aristocrático y decadente a la actualidad de enajenación e inautenticidad, tema crucial de sus libros. “Escatológico, irreverente, sexualmente explícito”, como ha dicho la crítica, su escritura ahonda en los vericuetos de la culpa”, de la incomunicación humana, creando personajes sólidos y trascendentes. Esta temática ha ido desarrollándose en obras, a través de las cuales aparecen y reaparecen personajes como el hilo conductor de una saga introspectiva y problemática: “Ciudad lejana”, “El hombre de la mirada oblicua”, “Café concert”, “El viajero de Praga” (novela, Editorial Alfaguara); “Un extraño en el puerto”.

Jorge Dávila Vásquez (1947), explora el mundo de la ciudad provinciana, con sus personajes emblemáticos y su código de comportamientos, lo que le permite, con precisión y lirismo, utilizando eficazmente el monólogo interior, los saltos temporales, los diversos puntos de vista, una multifacética interiorización en el ser humano, en su condición y destino. Obras: “María Joaquina en la vida y en la muerte” (novela histórica), “Los tiempos del olvido”, “Relatos imperfectos”, “Las criaturas de la noche”, “Cuentos breves y fantásticos”, “Acerca de los ángeles”.

Huilo Ruales Hualca (1947), dueño de un lenguaje acusadamente experimental como imágenes provocadoras, rupturas sintácticas, irreverente y elíptico, es, asimismo, un explorador de la ciudad, de sus laberintos más oscuros y problemáticos, por no decir de su infierno. Ello ha ido profundizándose en obras como “Y todo este rollo a mí también me jode”, “Loca para loca la loca”, “Fetichismo y fanteche”, “Historias de la ciudad perdida”.

Javier Ponce Cevallos (1948), poeta y novelista, ha explorado posibilidades precolombinas y coloniales, transponiéndolas en textos rigurosamente contemporáneos. “A espaldas de otros lenguajes”, poesía, 1982; “Los códigos de Lorenzo Trinidad”, 1985. En una novela: “El insomnio de Nazario Mielles”, inquiera sobre la migración y el exilio internos del país andino, y su reciente “Es tan difícil morir”, se adentra en la mitología secreta de su ciudad, Quito.

Jorge Velasco Mackenzie (1949). Sus temas y personajes brotan del mundo urbano y febril de un puerto como es Guayaquil, ciudad laberíntica y trepidante, y de un subproletariado marcado por las desigualdades, la desesperanza, la marginación y la violencia., del que extrae, reelaborándolo en el texto narrativo, su lenguaje, sus mitos, sus cosmovisiones, en obras como “Como gato en tempestad”, “el rincón de los justos” (novela), “Tambores para una canción perdida” (novela), “Músicos y amaneceres”, “El ladrón del evita” (novela), “Desde una oscura vigilia”, “En nombre de un amor imaginario”, (novela).

Eliécer Cárdenas (1950). Recurriendo a las técnicas más arriesgadas de la novelística contemporánea, este escritor revela el mundo rural y el de la



pequeña ciudad con todas sus contradicciones, su violencia y, en particular, sus secretas cosmogonías. Novela paradigmática de este autor es “Polvo y ceniza”, en la que recupera, para la literatura y la fantasía popular, los perfiles míticos de un bandido o antihéroe romántico (Naún Briones), en un contexto de aguda confrontación social. A más de la novela nombrada, cabe citar entre las obras de este autor: “Juegos de mártires”, “Del silencio profundo”, “Háblanos Bolívar”, “Las humanas certezas”, “los diamantes y los hombres de provecho”.

Raúl Vallejo (1959), ahonda en los temas del a incomunicación humana, de la marginación, del miedo, de la heterodoxia sexual, en los planos secretos de ciudades como Quito y Guayaquil, con un lenguaje preciso, incisivo, cargado de violento lirismo, y en el que todo cabe: lo banal, lo escatológico, lo fronterizo. Obras: “Cuento a cuento cuento”, “Daguerrotipo”, “Todo temblor, toda ilusión”, “Máscaras para un concierto”, “Solo de palabras”.

Jaime Marchán Romero (1947), ha publicado en año recientes novelas muy bien armadas, con un fuerte sentido de la trama y del suspenso, tanto como de la realidad sobre la cual proyecta una irónica mirada. Entre ellas: “La otra vestidura” y “Operación Estambul”, ambas publicadas en España por Editorial Verbum.

Estos autores podrían catalogarse dentro del grupo fundamental de la narrativa ecuatoriana contemporánea. Sin embargo, coetáneamente coexisten con mucho vigor autores de mayor edad , como por ejemplo, Alicia Yánez Cossío (1928), una novelistas de sostenida trayectoria, iniciada bajo el signo del realismo mágico, al que se anticipó (como sucedió con “Bruna, Soroche y los tíos”, 1965), y que ha derivado en múltiples miradas a la realidad andina que la rodea, en obras como “Yo vendo unos ojos negros”, “Más allá del as islas”, “La Cofradía del Mullo de la Virgen Pipona”, “La casa del sano placer”, “El Cristo feo”, y una reciente, “Aprendiendo a morir”, crónica novelesca de la santa quiteña Mariana de Jesús. O Jorge Enrique Adoum, poeta que ha incursionado con éxito en novelas como “Entre Marx y una mujer desnuda” o “Ciudad sin ángel”, amarga introspección en los azares del amor, de la comunicación y de la creación artística. También, en el campo de la narrativa no podemos dejara de citar a Renán Flores Jaramillo, Filoteo Samaniego, Fernando Tinajero ““El desencuentro” (amarga novela en torno al desencanto revolucionario), Stalin Alvear (“El menos pequeño de los burgueses”, Alfonso Barrera Valverde (autor de una importante novela, “Herederás un mar que no conoces y lenguas que no sabes”), Rafael Díaz Icaza, autor que ha transitado del realismo social a temas psicológicos y aún fantásticos (“Prometeo el joven y otras morisquetas), Eugenia Viteri (“Los zapatos y los sueños”), y Francisco Tobar García, escritor corrosivo y de ácido humor (su más interesante novela: “El ocio incesante”, “Pares o nones”, “La corriente era limpia”).

Entre los más jóvenes cabe destacar a Gilda Holst, autora guayaquileña de penetrante mirada en los problemas de las relaciones humanas y de la identidad femenina. Obras suyas son “Más sin nombre que nunca” y “Turba de signos”. Liliana Miraglia, cuya obra “La vida que parece”, muestra una escritura



extremadamente sensorial, casi ritual, que desvela aspectos problemáticos de la condición humana. Carolina Andrade, “Detrás de sí” y “De luto”, cuentista que ha demostrado conocer a plenitud el oficio, lo que le permite penetrar en profundidad en personajes conflictivos y significativos, especialmente mujeres. Yanna Hadatty Mora, “Quehaceres postergados”, es, asimismo, una relatista que aborda con ironía y eficazmente su realidad. Jennie Carrasco Molina, “La diosa en el espejo”, explora también el mundo de la mujer, desacralizando prejuicios y estereotipos, desde una perspectiva doblemente mágica y real. Leonardo Valencia, “La luna nómada”, dueño de una escritura lúcida y de un mundo centrado en seres signados por el extrañamiento y el desarraigo. María Gabriela Alemán, “Maldito corazón”, cuentista que deambula en el filo de la realidad y lo surreal, minimalista y fantasmagórica. Santiago Páez, autor de interesantes y bien contruidos libros de ficción especulativa, como “Profundo en la galaxia”, donde el desafío es doble: el futuro tecnológico y la persistencia de la cosmovisión indígena ancestral. Aminta Buenaño, poseedora de un estilo barroco y profundamente lírico (“La mansión de los suelos”, “La otra piel”).

Igualmente merecen ser citadas entre lo más interesante de la actual literatura ecuatoriana, y habida cuenta de tratarse de propuestas válidas en lo escritural y en su contenido, a escritores como Natasha Salguero (“Azulinaciones”), Rubén Darío Buitrón (“Instrucciones para llegar al orgasmo”), Byron Rodríguez (“La cueva de la luna”, “Bestiario de cenizas”, novela), Livina Santos (“Una noche frente al espejo”), Marcela Veintimilla (“Cualquier cosa me invento para ver”), Martha Rodríguez (“Nada más el futuro”), Alfredo Noriega (“Desasitios”), Raúl Serrano Sánchez (“Las mujeres están locas por mí”), Osvaldo Encalada (“El día de las puertas cerradas”, “Los juegos tardíos”), Edgar Allan García (“En encanto de los bordes”), Pablo Cuví (“El hermano menor de Marlon Brando”), Adolfo Macías Huerta (“La memoria de Midril”, cuentos fantásticos), Fernando Naranjo (“La era del asombro” ciencia ficción), Lucrecia Maldonado (“No es el amor quien muere”, “Mi sombra te ha de hacer falta”), Modesto Ponce (“También tus arcillas”), Ramiro Arias (“Ocultas bocas de fuego”), Hans Behr Martínez (“Ojos de piquero”, “Circo”), Marcelo Báez (“Movimiento para bosquejar un rostro”, “Tan lejos tan cerca”), Miguel Donoso Gutiérrez (“Puma de Santa Clara”), Galo Galarza (“La dama es una trampa”, ficción testimonial sobre la emigración), Williams Castillo (“Caravana del anonimato”) Iván Ulchur (“Manuscritos”), María Eugenia Paz y Miño (“Golpe a golpe”), Santiago Ribadeneira (“De cantos y huellas”). UN escritor español, Juan Manuel Rodríguez (Bilbao, 1945), se ha incorporado a la literatura ecuatoriana reciente, no sólo por residir en el Ecuador, sino por participar activamente en su quehacer cultural. Entre sus libros más importantes constan “Algunas compras y otros regalos”, “Levedad del vino”, “El espantapájaros” y “Fricciones”, con el que ganó el Premio Aurelio Espinosa Pólit de 1991. Escritor imaginativo y profundo y ameno conocedor del oficio.

La poesía

Junto a la narrativa, la otra gran vertiente de la literatura ecuatoriana ha sido siempre la poesía. En la actualidad, conviven en ella las más diversas



tendencias, pero se sobrepone una corriente que trata de recuperar la identidad del país andino, en medio de la diversidad y la fractura que lo caracteriza y abriéndose, con adecuadas resonancias, a la multiplicidad de preocupaciones estéticas y culturoológicas del mundo contemporáneo.

Entre los poetas actuales más destacados sobresalen: Julio Pazos Barrera, autor de libros como “Levantamiento del país con textos libres”, Premio Casa de las Américas 1982, “Holograma”, “Oficios” o “La ciudad de las visiones”, en los que manejando un discurso poético problemático y fastuoso, reflexiona en la tradición y el presente del mundo andino que lo rodea; Humberto Vinueza (“Poeta tu palabra”, “Alias lumbre de acertijo”), dueño de una obra poética sólida, caracterizada por la experimentación en las posibilidades del lenguaje y el desciframiento y desacralización de mitos nacionales y latinoamericanos; Iván Carvajal (“Inventando a Lennon”, “Poemas de un mal tiempo para la lírica”, “Parajes”), poeta complejo y hermético, indagador de la modernidad y la posmodernidad y de la condición humana; Alexis Naranjo (“Profanaciones”, “Ontogonías”, “El oro del as ruinas”), poeta obsesionado con los grandes temas humanos como el amor, la muerte, la identidad; Antonio Preciado, importante poeta negro imbricado en las grandes tradiciones de la negritud de este siglo.

Otros poetas trabajan con la desacralización del lenguaje y la inquisición de la realidad, desde la perspectiva de un país andino y fracturado: Iván Oñate, Fernando Nieto Cadena, Fernando Itúrburu, Fernando Balseca, Fernando Artieda (extraño cuarteto de “Fernandos”, todos poetas guayaquileños), Margarita Laso, Edwin Madrid, Raúl Arias, Rafael Larrea, Ulises Estrella (autor este de interesantes poemarios sobre Quito y las mitologías históricas ecuatorianas, entre ellas “Cuando el sol se mira de frente”), Francisco Torres Dávila, Alejandro Velasco, Ramiro Oviedo, Alfredo Pérez, Jennie Carrasco (“Arañas en mi vestido de seda”), Pablo Salgado. Entre los más jóvenes, deben citarse: Aleyda Quevedo (1972), quien, desde su primer libro, “Tres testigos textuales”, textos eróticos de notable fuerza, ha evolucionado en una línea de pulcritud lingüística y precisión absoluta; Ernesto Proaño Vinueza (1971), autor de un libro, “Digitales”, donde incorpora imágenes violentas, surreales y de indudable fuerza lírica en torno al mundo de la ciudad y la juventud moderna; y, Alfonso Espinosa (1974), autor de materiales poéticos de gran sensibilidad, posmoderno, lúdico, intertextual.